

DOMINGO XII DEL TIEMPO ORDINARIO B

Pedro José Ynaraja Díaz

COMENTARIO

Acertadamente se dice que Tierra Santa es el quinto evangelio. Ciertos pasajes se entienden mejor si uno pasa allí algunas experiencias como la de la que hoy os hablaré.

Permitidme, queridos lectores, que me detenga y comente exclusivamente lo que puedo explicaros respecto a la lectura evangélica que se proclama en la misa del presente domingo. Creo recordar que en 17 ocasiones he visitado este país.

El escenario del episodio es la orilla del lago de Genesaret, o de Tiberiades, llamado hoy en día kineret, palabra que por significar lira, expresaría la forma de sus contornos, o la musicalidad que se escucha en sus orillas, emitida por el agua mecida por el viento. Está situado a unos 200m metros bajo el nivel del mar, siendo, pues la superficie de agua dulce situada a nivel más bajo respecto a la corteza terrestre.

Rodeado de una cenefa de montañitas y dada su situación respecto al Gran Valle del Rift, que nace en el antilibano para después de 4830km descansar en la región de los grandes lagos, ya en el continente africano. Os cuento estos detalles ya que mientras algunos se deleitan en los buenos restaurantes de la ciudad de Tiberiades o Ein Guev, otros creemos que es más agradable caminar por la carretera que rodea su perímetro, pensando en este sorprendente fenómeno geológico. Cuando uno mira al norte imagina al Señor de vacaciones en Cesarea de Felipe, donde mana juguetón el río Jordán, aprovechando un descanso merecido, ya que desde Cafarnaún hasta allí, les ha tocado caminar sus pesados 80km. En tales circunstancias la confianza es fácil y el Maestro la aprovecha para preguntar a sus discípulos qué piensan los demás y ellos mismos de Él. Uno se vuelve hacia el sur y piensa entonces que a lo lejos, sin que le sea capaz divisarlo, se levanta la montaña sagrada del Sinaí, cuna de la Ley.

Se nos dice en el relato proclamado en la liturgia, que al atardecer, el Señor y algunos de sus discípulos toman una barca y navegan mar adentro, como tantos otros hacen. Ellos los ven y a ellos también los ven. Aunque siempre esté la atmosfera cargada de una cierta neblina excepto en primavera, las distancias no pueden ser grandes y entre ellos nada puede ocultarse.

Dos detalles acuden hoy a la memoria del visitante. Uno trágico. En más de una ocasión, recientemente, algún joven imprudente se ha ahogado. El otro detalle, este tremendamente cargado de ilusión y significativo, es que no hace muchos años, debido a la sequía y por ello al descenso de sus aguas, se descubrió envuelta en barro una embarcación que debida y minuciosa y científicamente estudiada, resulto ser de los tiempos del Señor. Que fuera la de Pedro, nadie lo sabe, que por lo menos el Maestro la conocería, es casi seguro.

El lago, orgullosamente llamado mar, se extiende de norte a sur unos 19km y de este a oeste no más de 11km. En una extensión así todos se conocen y mucho más si sabemos que el proceder de los pescadores era que los peces que no consumían en familia, los vendían en Magdala, para ser posteriormente salado y exportado fuera, incluso hasta la misma ciudad de Roma, de bien y buen sazonado que lo sabían procesar.

Pero nuestro chaquito tiene un curioso comportamiento, debido al microclima en el que esta envuelto. Todos los atardeceres se viste de encabritada tempestad, casi siempre de dimensiones benignas.

Me gusta cuando voy acompañado, llegar hacia las 17.30h junto a la iglesita de la Confirmación del Primado, hablar un rato y entrar a las 18h a celebrar misa, pues bien, si al entrar la superficie del lago era lisa como el agua de una bañera, al salir por lo menos luce olas de por lo menos dos palmos. En una ocasión, la gente joven que venía quiso bañarse y de repente se vio envuelta en bravo oleaje de más de un metro de altura, excuso decir que ante tal situación salieron de inmediato de prisa y asustados.

Algo así les pasaría a nuestros protagonistas evangélicos. El Señor conocedor mucho mejor que yo del proceder del lago, se entregó tranquilamente al descanso y sueño. Ya os he advertido que la intensidad del oleaje no es siempre la misma y en esta ocasión se habían adentrado mar adentro, por lo cual la profundidad del agua, puede llegar a los 40m. y añádase que en esta ocasión duró más de lo suyo propio. Los apóstoles, evidentemente, tuvieron miedo y se asustaron. Despertaron al Maestro solicitando su ayuda.

Es maravilloso, queridos lectores, mirar la tal barca que se conserva en el hotel Kibutz de Guinosar e imaginar al Señor durmiendo en la popa mientras los apóstoles tiritando se morían de miedo.

Os adelanto un trozo del texto:

Lo despertaron diciéndole:

"Maestro, ¿no te importa que nos hundamos?"

Se puso en pie, increpó al viento y dijo al lago: "¡Silencio, cállate!"

El viento cesó y vino una gran calma.

Él les dijo: "¿Por qué sois tan cobardes? ¿Aún no tenéis fe?"

Se quedaron espantados, y se decían unos a otros: "¿Pero, quién es éste? ¡Hasta el viento y las aguas le obedecen!"

Debemos recordar el episodio en tantas ocasiones en las que la vida nos confinará a situaciones imprevistas y peligrosas.

Si cómo en el caso de los apóstoles, nosotros somos colaboradores del Señor, no debemos dudar, ni acobardarnos. Es preciso que le recordemos que debe intervenir en nuestro auxilio, que nosotros y nuestra empresa que también es suya, corre peligro y debe intervenir.

Recordarle que dijo:

"Cuando dos o más se reúnen en mi nombre, allí estoy yo, en medio de ellos" (Mt18,20)

Y nosotros también felizmente nos asombraremos como se asombraron ellos.

(advierto que nadie me diga que el hombre es incapaz de modificar el proceder de Dios. Desentrañar el misterio de la plegaria es imposible y tratar de iluminar la cuestión llenaría muchísimo espacio y no creo sea el momento de pretenderlo)

TEXTOS

Job 38, 1.8-11

El Señor habló a Job desde la tormenta: «¿Quién cerró el mar con una puerta, cuando salía impetuoso del seno materno, cuando le puse nubes por mantillas y

*nieblas por pañales, cuando le impuse un límite con puertas y cerrojos, y le dije: "Hasta aquí llegarás y no pasarás; aquí se romperá la arrogancia de tus olas"?»
Segunda carta de san Pablo a los Corintios 5, 14-17*

Nos apremia el amor de Cristo, al considerar que, si uno murió por todos, todos murieron. Cristo murió por todos, para que los que viven ya no vivan para sí, sino para el que murió y resucitó por ellos. Por tanto, no valoramos a nadie según la carne. Si alguna vez juzgamos a Cristo según la carne, ahora ya no. El que es de Cristo es una criatura nueva. Lo antiguo ha pasado, lo nuevo ha comenzado.

Evangelio según san Marcos 4, 35-41

Un día, al atardecer, dijo Jesús a sus discípulos: "Vamos a la otra orilla". Dejando a la gente, se lo llevaron en barca, como estaba; otras barcas lo acompañaban. Se levantó un fuerte huracán y las olas rompían contra la barca hasta casi llenarla de agua. Él estaba a popa, dormido sobre un almohadón. Lo despertaron diciéndole: "Maestro, ¿no te importa que nos hundamos?" Se puso en pie, increpó al viento y dijo al lago: "¡Silencio, cállate!" El viento cesó y vino una gran calma. Él les dijo: "¿Por qué sois tan cobardes? ¿Aún no tenéis fe?" Se quedaron espantados, y se decían unos a otros: "¿Pero, quién es éste? ¡Hasta el viento y las aguas le obedecen!"